

María y la Iglesia

1. En lo expuesto hasta aquí se ha considerado a María principalmente bajo el punto de vista individual. Hemos atendido a su significación como Madre virginal del Señor, a su situación en la historia de la salvación, a su santidad y perfección. No podía descuidarse, naturalmente, el papel que representa para la comunidad, pero en cierta manera apareció en segundo lugar, mientras estaba en primer plano su peculiaridad personal-individual.

Ahora vamos a referirnos principalmente al significado que tiene María para la comunidad. Aquí no se puede, a su vez, hacer abstracción de su personalidad histórica, concreta e irrepetible. Pues, sobre su historicidad e individualidad se basa su función en la comunidad.

Podemos presentar el papel de María en la comunidad, en la Iglesia, bajo dos aspectos. En primer lugar, es el principio de la Iglesia; después, el prototipo y la síntesis de la misma.

2. El primer aspecto lo hemos visto expresado ya en muchos textos patrísticos citados antes. Vimos que María está en el ángulo que forma el Antiguo y el Nuevo Testamento. En ella acaba el plan divino paleotestamentario, a la vez que adquiere valor histórico el Nuevo por ser Madre del Hijo de Dios humanado. Por el hecho de concebir y dar a luz a Jesucristo, el Creador del nuevo orden, entra Ella misma en relación inmediata y vital con este nuevo plan. Pues Cristo ha aparecido en este mundo para ganarse la Humanidad y hacerla su cuerpo místico y su esposa. Por eso no se le puede entender

como figura particular aislada, sino que se implica con la Humanidad, la cual entra en comunión de vida con El a través de la fe y del bautismo. La encarnación del Hijo de Dios tiende por eso a la Iglesia, al pueblo de Dios.

En la Sagrada Escritura se expresa esta relación de muchas maneras. Cristo es la cabeza; la Iglesia, su cuerpo místico, vivificado por el Espíritu Santo, que es su alma. Cristo es el esposo; la Iglesia, la esposa. El es también su plenitud. No podemos en nuestra obra dar una explicación detallada de esta relación íntima entre Cristo y la Iglesia, si no que debe quedar reservada para el tratado de la Iglesia. Aquí sólo diremos lo suficiente para obtener una recta inteligencia de la relación entre María y la Iglesia.

En la imagen "cabeza-cuerpo" se expresa la unidad y la ordenación jerárquica a la vez. Cristo es el Señor y el principio vital de la Iglesia. Entre El y la Iglesia existe una unión que se puede comparar, por su intimidad y peculiaridad, a la relación, a la cabeza y el cuerpo, de manera que no puede entenderse la Iglesia sin Cristo, ni Cristo sin la Iglesia. Pues el cuerpo necesita cabeza, y la cabeza, cuerpo. En sentido propio y verdadero sólo puede pertenecer a Cristo el que pertenece a la Iglesia, su cuerpo. Por eso, sólo hay cristianismo en forma de Iglesia ¹.

Por lo que se refiere a la imagen del esposo y de la esposa, cabe decir que ha sido elaborada por San Pablo y concretamente en la segunda carta a los Corintios y en la de los Efesios. Pablo describe en (*II Cor.* 11, 2) su ministerio como Apóstol y se nombra padre espiritual de la comunidad. Como Padre está deseoso de llevar su hija espiritual al esposo, Cristo, como esposa intacta que jamás ha pertenecido a ningún otro. El momento de la conducción a la casa del esposo es la parusía. La esposa es la comunidad corintia entendida como unidad, pero representa a toda la Iglesia.

La doctrina paulina está influída por imágenes del Antiguo Testamento. Junto a estas imágenes y textos paleotestamentarios quedan fuera de lugar influjos extrabíblicos. No hay punto de apoyo aceptable para la suposición de que Pablo haya utilizado también el mito pagano gnóstico de la "boda sagrada" o celeste.

Según el Apóstol, la relación del hombre y mujer tal como se describe en el Génesis es una imagen de la relación entre Cristo y la Iglesia. Según San Pablo, Cristo es, sin duda, el segundo Adán (*Rom.* 5, 12-19; *I Cor.* 15, 22 sigs.; 45-49). Como el primer Adán fué la causa de la desgracia universal, así el segundo fué causa de la salud. Pero al lado de Adán vivió y obró Eva, que procede de El.

La Iglesia, en el sentido del Apóstol Pablo, debe ser entendida como la segunda Eva. Sólo cuando vino Cristo y se asoció a sí la Iglesia como esposa suya, se pudo entender todo el sentido que tenía la relación de Adán con Eva. En definitiva, Cristo es el varón significado por Adán, y la Iglesia es la mujer significada en última instancia por Eva. De este modo existe, junto a la distinción más completa, una continuidad inequívoca entre la época de la historia humana iniciada y caracterizada por Adán y la iniciada por Cristo. Pues el matrimonio entre Cristo y la Iglesia significa la plenitud del matrimonio entre Adán y Eva, establecido por Dios en el paraíso. En el camino que va del primer Adán al segundo hubo muchos indicios de la unión entre Cristo y la Iglesia. Ya la relación de Dios con el pueblo elegido por El se miró muchas veces bajo la imagen del matrimonio. Dios representa el papel de esposo y su pueblo el de esposa elegida por El, muchas veces, ciertamente, infiel. La defección se interpreta como adulterio (cfr. *Os.* 1-3; *Ier.* 2-3; 31, 3-4; *Ez.* 16 y 23; *Is.* 50; 54; 62. *Ps.* 44; *Cant.* 4, 7). Isaías (62, 5) y Oseas (2, 21) anuncian que Dios en los tiempos futuros de salvación contraerá con los hombres una nueva alianza matrimonial. Esta alianza matrimonial profetizada en el matrimonio de Adán, en la relación de Dios con su pueblo y en las profecías, se realiza en la Encarnación del Hijo de Dios. Y María es el lugar de la celebración de ese matrimonio.

Para una comprensión más profunda hay que hacer algunas distinciones. La Encarnación del Hijo de Dios trae consigo, en primer lugar, la más íntima unión entre la naturaleza humana concreta de Jesucristo y el Logos divino. En ella llegó a su perfección el matrimonio que en el Antiguo Testamento Dios contrajo con su pueblo. En la Encarnación uno de los cónyuges es el Logos, el otro, la naturaleza humana de Cristo.

Pero lo que se atestigua en el Nuevo Testamento no es una alianza matrimonial entre el Hijo de Dios preexistente y la naturaleza humana, sino la alianza matrimonial entre el Hijo de Dios humanado y la Humanidad, o sea, la Iglesia. La alianza, pues, se extiende también a otro plano. No se consuma absolutamente en la relación del hombre con Dios, sino en la relación del hombre con el Dios que entró en la historia. De todos modos, esta alianza matrimonial está en la relación más íntima con la unión del Hijo de Dios y la naturaleza humana asumida en María. Es su repercusión. María es el lugar de las nupcias entre el Logos y la naturaleza humana de Cristo. Pero, por eso, es también el lugar de las nupcias

entre el Hijo de Dios humanado y la Iglesia. Podemos entenderlo así: Jesucristo no vino a la existencia aislado y solitariamente, sino que estuvo asociado desde un principio con toda la Humanidad. Pues toda ella debía volver, a través de El, al Padre. Todos debían participar de su filiación divina y hacerse así hijos de Dios. Ya en el seno de su Madre vivió como cabeza de todos los que debían formar la comunidad de su cuerpo místico por la entrega fiel a El.

3. La ejecución real de la unión con Cristo no debía llevarse a cabo en un proceso natural, sino por libre decisión; a través de la entrega fiel y libre tenía que construirse aquel neotestamentario pueblo de Dios, que mantiene una relación esponsalicia con Cristo. Cada uno debía tomar parte en Cristo como miembro de este pueblo, de la Iglesia, de su cuerpo místico. En el próximo capítulo exponremos cómo se realizó la libre decisión mencionada aquí. En todo caso tenía que ser llevada a cabo por un ser humano que pudiera representar a todos. Y esta decisión se realizó en el sí que María dió al ángel. Pues, con él se declaraba no sólo dispuesta a preparar al Logos celestial el cuerpo terreno, sino que consintió en todo el plan divino de salvación, aunque no podía comprenderlo con su espíritu en toda la profundidad del mismo. Este consentimiento encierra en sí la conformidad con aquella unión con Cristo, que se expresa en la imagen paulina de su matrimonio con la Iglesia.

San Agustín dice a este respecto lo siguiente: “El Señor fué invitado a unas bodas. ¿Qué hay de extraño en que vaya a una casa a bodas aquel que vino a este mundo a su boda? Pues, si no vino para su boda, es que aquí no tiene esposa. ¿Y qué es lo que dice el Apóstol? “Os he desposado con un solo marido, para presentaros a Cristo como casta virgen.” ¿Y por qué teme no sea violada la virginidad de la esposa de Cristo por la astucia del diablo? “Temo—dice—que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, también corrompa vuestros pensamientos, apartándolos de la sinceridad y la santidad debidas a Cristo” (*II Cor.* 11, 2). Tiene, pues, aquí esposa, a la que redimió con su sangre y a la que dió como prenda el Espíritu Santo. La libró de la esclavitud del demonio, murió por sus pecados, resucitó por su justificación. ¿Quién ha ofrecido tanto a su esposa? Ofrezcan los hombres cualesquiera ornatos terrenos: oro, plata, piedras preciosas, caballos, esclavos, heredades, posesiones. ¿Acaso alguno ofrecerá su sangre? Pues si entregara su sangre a su esposa, desaparecería el que habría de tomarla por mujer. Sin embargo, el Señor murió tranquilamente y dió su sangre por la

que poseería resucitado, a la que ya había unido a sí en el seno de la Virgen. Pues el Verbo fué el esposo y la carne humana la esposa, y ambos son el único Hijo de Dios y, a la vez, Hijo del hombre. El seno de la Virgen fué el tálamo donde se hizo cabeza de la Iglesia, de donde salió como esposo de su tálamo, según dice la Escritura: “Semejante al esposo que sale de su tálamo, se lanzó alegre a recorrer cual gigante su camino.” (*Ps.* 18, 6)².

El doctor de la Iglesia San Ambrosio de Milán, para dejar oír otra voz de los Padres, ve figurada la Iglesia en Eva y su creación. Traslada la relación de Adán con Eva a la relación de Cristo con la Iglesia. Como éste es el segundo Adán, así la Iglesia es la segunda Eva. En el comentario al Salmo 39 expone: “Está escrito, ciertamente, de Cristo en el principio del Antiguo Testamento, que vendría para cumplir la voluntad de Dios Padre, redimiendo al hombre, allí donde se dice que formó a Eva como imagen de la Iglesia para ayuda del hombre”³. Como otros Padres, por ejemplo, Tertuliano, Orígenes, Metodio, Epifanio, reconoce también San Ambrosio en el nacimiento de la primera mujer salida del primer hombre, un presagio del nacimiento de la Iglesia, que ve la luz por la vida y muerte de Cristo. “De qué varón se trata, sino de aquél de quien dice San Juan: “detrás de mí viene uno que es antes de mí” (*Io.* 1, 30). De su costado tomó el Señor una costilla cuando dormía... ¿Qué significa esta costilla sino la fuerza? Porque cuando el soldado abrió su costado, al momento salió agua y sangre, que fué derramada por la vida del mundo. La costilla de Cristo es la vida del mundo; es la costilla del segundo Adán. Pues el primer Adán fué creado alma viviente; el segundo, espíritu vivificante. El novísimo Adán es Cristo; la costilla de Cristo es la vida de la Iglesia. Nosotros, por tanto, somos miembros de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos... Esta es la costilla que salió de Cristo sin debilitar su cuerpo, pues no es una costilla corporal, sino espiritual... Esta es Eva, madre de los vivientes (*Gen.* 3, 20). Si entiendes que ha de buscarse al vivo entre los muertos, entiendes que están muertos los que están sin Cristo, que no participan de la vida; esto es, que no participan de Cristo, pues Cristo es la vida. La Madre, pues, de los vivientes es la Iglesia, la que edifica Dios sobre la suprema piedra angular que es Cristo, sobre quien toda estructura que se articule, crece hasta ser templo de Dios (*Eph.* 2, 20)”⁴.

4. El hecho de ser la Iglesia esposa de Cristo es también el fundamento de la imagen de la Jerusalén celeste, de arriba, que es

nuestra madre y a la que se compara con Sara (*Gal.* 4, 26). Mientras Pablo, en la segunda carta a los Corintios (*II Cor.* 11, 1-3), designa a la comunidad local de Corinto como la virgen desposada con el Señor, se ensancha en la epístola a los Efesios (5, 22-33) el horizonte con miras a toda la Iglesia. Como Eva salió del costado del varón, así también la Iglesia salió del costado de Cristo, dormido en la muerte. Cristo dejó, por decirlo así, a su Padre del cielo cuando tomó la naturaleza humana, y dejó a su madre, la sinagoga, para unirse a su esposa la Iglesia. Le pertenece como el varón a la mujer; y a El le pertenece la Iglesia como la mujer pertenece al varón. La unidad corporal del hombre y la mujer es símbolo de la unidad de Cristo y la Iglesia. La esposa participa de la gloria del esposo, pero aún no se ha manifestado esa gloria. La Iglesia espera la hora en que la conducirá su Esposo a la casa del Padre (*Io.* 14, 2). Hasta ahora le llama en espíritu diciendo: Ven. Y escucha la respuesta: Sí, vengo pronto (*Apoc.* 22, 17, 20). Se adorna para esa hora, como la mujer lo hace para su marido (*Apoc.* 21, 2). Según Apocalipsis, 21, 2, 9, la novia y esposa del cordero es la Jerusalén celeste que desciende a la tierra. La comparación de esta Jerusalén con la comunidad terrena de gracia tiene su fundamento en que la ciudad celestial será el lugar de asiento del pueblo de Dios. El motivo lo da Isaías, 61, 10. Bienaventurados los invitados a este futuro banquete de bodas (*Apoc.* 19, 6-9). Son la comunidad de los elegidos ⁵.

5. Con la imagen del matrimonio se relaciona la doctrina del Apóstol Pablo de que Cristo es la plenitud de la Iglesia, su cuerpo (*Eph.* 1, 23; 4, 13). Esta designación puede indicar dos cosas. Que la Iglesia está llena de la vida de Cristo, puesto que Cristo es quien la colma y le regala su vida celestial. Pero la frase puede significar también que la Iglesia es la plenitud de Cristo. Lo mejor es unir ambas significaciones. Cristo se esfuerza en comunicar a la Iglesia la vida celestial; y con eso alcanzan la plenitud última de sentido su ser y su obra, su vida y su acción. Así, no sólo tiene Cristo importancia para la Iglesia, sino también la Iglesia para Cristo. Sin ella permanecería incompleto en cierto sentido, le faltaría algo, por decirlo así. Pablo lo expresa una vez con la fórmula: Completo en mi cuerpo lo que falta aún a la pasión de Cristo (*Col.* 1, 24). ¿Qué podía faltar a la pasión de Cristo? En su esencia íntima y en su eficacia nada le puede faltar. Sin embargo, así lo parece, según la expresión del Apóstol, mientras no se le añada la pasión del cris-

tiano. Es evidente que le falta la plenitud de sentido sin los sufrimientos del cristiano. Los padecimientos de Cristo se orientan a su participación por los fieles y sólo con éstos nace un todo completo. Podemos decir que la Iglesia, la comunidad de los cristianos, debe unirse a Cristo para que nazca el todo intentado por Dios. Sólo con esa integración consigue Cristo la plenitud. En realidad de verdad, la que lo consigue de ese modo es la Iglesia, al participar de la plenitud de Cristo. Forman así Cristo y la Iglesia un todo único con estructura jerárquica, siendo Cristo la cabeza, y la Iglesia, el cuerpo, dependiente y unido a ella.

6. Así, pues, Cristo y la Iglesia se pertenecen íntimamente. Es más, la Iglesia comenzó con la concepción de Cristo, aunque no recibiera su forma viviente hasta la venida del Espíritu. Por esta pertenencia de Cristo y la Iglesia se puede llamar a la mujer, que es Madre de Jesucristo, madre también de la Iglesia, que nunca ha dejado de pertenecerle. Pues en un único y mismo acto tuvo lugar la Encarnación de Dios y la fundación de la Iglesia, pues Cristo no fué concebido y nació más que como cabeza, esposo y plenitud de la Iglesia. La Sagrada Escritura nos ofrece también un indicio claro de que María es madre de la Iglesia. En el momento en que Cristo acaba con la muerte su obra en esta vida, se dirige a la Madre que está al pie de la cruz con las palabras: Mujer, he ahí a tu Hijo. Y a San Juan le dice: Hijo, he ahí a tu Madre (*Io.* 19, 26 sigs.). Hay que entender estas palabras, en primer lugar, en su sentido inmediato, como la solicitud del Hijo moribundo para con su Madre, que queda sola. Quiere confiarla a la tutela de un amigo fiel. Pero sería una interpretación demasiado primitiva dejar que se agotase ahí el sentido de la escena. En manera alguna corresponde al carácter y orientación del evangelio de San Juan, que se inclina a entender como signos los sucesos narrados por él. Por eso, las palabras de Jesús habrán de tener, por encima del sentido inmediato, otro más profundo y ulterior. Esto hay que suponerlo, tanto más que son pronunciadas en el momento en que Cristo corona con la muerte su obra, como representante de la Humanidad y en favor de ésta, en un acto, por tanto, público y en presencia del cielo y de la tierra. Aquí no hay lugar, por así decirlo, para cuidados e intereses puramente privados y personales. De hecho, las palabras de Cristo se han interpretado también alegóricamente muchas veces en la Iglesia. Dice así Ruperto de Deutz: “En la pasión de su unigénito dió a luz la bienaventurada Virgen la salvación de todos

nosotros; luego, manifiestamente es Madre nuestra. Por lo tanto, lo que Cristo dijo a un discípulo... podía haberlo dicho a cualquier otro de los discípulos si se hubiesen hallado presentes”⁶. María fué, pues, Madre de Cristo. Madre de todos los vivientes, de todos aquellos que beben de la fuente de la vida (*Apoc.* 22, 17). También a Eva se llama en la Escritura madre de los vivientes (*Gen.* 3, 20), pero la vida que procede de ella está consagrada a la muerte. La vida que procede de María es la de los renacidos, y viene del Espíritu Santo.

7. Hemos citado en páginas anteriores muchos textos en los que se confiesa a María madre de la Iglesia. Para completarlos vamos a traer algunos más a continuación.

Orígenes dice: “Pues si María no tiene ningún hijo fuera de Jesús, y Este dice a su Madre: He ahí a tu hijo..., es igual que si le dijese: He ahí que Este es Jesús, a quien tú engendraste. Pues todo el que es perfecto no vive en sí, sino que en él vive Cristo; y puesto que vive en él Cristo, se dice de él a María: He ahí a tu hijo, Cristo”⁷.

San Efrén Sirio dice: “La tierra, esta madre de los cuerpos humanos, fué maldecida. Pero por el cuerpo que es la Iglesia misma, que nunca se corrompe, fué bendecida desde el principio la tierra de este cuerpo: pues la tierra de la Iglesia es el cuerpo de María”⁸.

Metodio de Filipos dice: “Proclamar la Encarnación del Hijo de la Santísima Virgen, pero no confesar igualmente que viene también a la Iglesia como a su carne propia, no sería perfecto. Todos nosotros debemos, por tanto, no sólo confesar su parusía en aquella santa carne, que fué la de la Virgen pura, sino también una parusía igual en el espíritu de cada uno de nosotros”⁹.

San Ambrosio explica: “Estaba la madre junto a la cruz, posponiendo con piadoso afecto su propio peligro. Pero el Señor, que estaba colgado de la Cruz, despreciando también su peligro, cuidaba con piadoso afecto de su madre. Lo que no en vano narra Juan con muchos detalles. Pues, otros describieron el terremoto... Juan, en cambio, que penetró más profundamente los misterios divinos, no sin razón se ocupó en manifestar que la que había engendrado a Dios permaneció virgen. Pues él sólo me enseña lo que los demás

